

Análisis exploratorio de la evolución de las dinámicas laborales de los trabajadores de 50 años y más en Chile

*Rafael Silva-Ramírez**

*Alexander Torres***

Resumen

En el contexto de un envejecimiento poblacional que avanza a un ritmo sostenido —como es el caso de Chile— parece crucial conocer la evolución histórica de la participación laboral de las personas que se acercan a la tercera edad (60 años) y de aquellos que forman parte de este grupo poblacional. Esto último debido a su trascendental influencia en aspectos como la toma de decisiones, la proyección de la mano de obra, la capacidad del sistema de pensiones, la equidad intergeneracional y los nuevos escenarios laborales en los cuales la sociedad deberá desenvolverse. Desde esta óptica, el presente capítulo busca, mediante un análisis exploratorio de los datos de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional de Chile (CASEN), conocer la evolución y trayectoria laboral de las cohortes sintéticas compuestas por las personas de 50 años y más en Chile a partir de 1990.

Palabras clave: envejecimiento, mano de obra envejecida, cohorte sintética, trayectoria laboral.

Abstract

In the context where the population ageing is advancing at a steady pace —as it is the case of Chile— it seems crucial to explore the historical evolution of the labor participation of who will be elderly (60 years) and those who already are. This is due to his significant influence on issues such as: decision making, the projection of labor force, the capacity of the pension system, the intergenerational equity and the new business scenarios in which the society must cope. From this perspective, this chapter seeks to know, through an exploratory analysis of the data from the Survey of National Socioeconomic Chile (CASEN), the evolution and the labor path of synthetic cohorts composed of people 50 years and over in Chile from 1990.

Keywords: population ageing, labor force, synthetic cohort, labor path.

* Programa de Doctorado en Demografía. Équipe de recherche sur le vieillissement de la population, Université de Montréal, Canadá. Correo electrónico: *rafael.silva.ramirez@umontreal.ca*.

** Programa de Maestría en Demografía. Équipe de recherche sur le vieillissement de la population, Université de Montréal, Canadá. Correo electrónico: *alexander.torres@umontreal.ca*.

Introducción¹

En el contexto de una región en plena transición demográfica hacia un cambio estructural de la población, propulsado principalmente por fenómenos como la disminución de la mortalidad infantil, la reducción de las tasas de fecundidad y el aumento de la esperanza de vida en los grupos de edad más avanzados, el presente estudio propone un análisis exploratorio desde la demografía aplicada al mercado laboral chileno.

En este sentido, hemos de advertirle al lector que este estudio no ofrecerá un análisis económico de las problemáticas a abordar, sino, más bien, una óptica centrada en el posible impacto de la evolución de los comportamientos poblacionales —en este caso de los trabajadores— tanto en las políticas públicas como en el mercado laboral chileno. Más allá de interesarnos por la interacción entre el mercado laboral y algunos indicadores demográficos que sólo cuantifican efectivos (como, por ejemplo, el Índice de Dependencia Demográfico o el Índice de Adultos Mayores), el presente estudio propone observar mediante las tasas de participación en el mercado laboral (de ahora en adelante TP) la interacción entre el comportamiento de las diferentes cohortes de trabajadores presentes en Chile desde 1990 hasta 2011 que se aproximan o ya han sobrepasado la edad de jubilar,² con los desafíos emergentes del mercado laboral chileno.

Así, la observación de la evolución de las tasas de participación, más allá de la proporción entre las personas potencialmente activas y las no activas, debería permitirnos conocer si el comportamiento de los trabajadores de 50 años o más ha variado en el tiempo y, de haberlo hecho, de qué manera. Dar respuesta a estas dos *simples* interrogantes podría permitirnos contribuir a abrir un nuevo camino hacia un análisis tanto de los desafíos sociales que deberemos enfrentar, dada la estructura de nuestra población, como del significado de los indicadores demográficos antes mencionados. Algunas preguntas asociadas a ello podrían ser: ¿cuál debería ser la actitud del mercado laboral y de las políticas públicas frente a un índice de adultos mayores que alcanzará a 103 en 2022?, ¿podemos suponer que las cohortes de trabajadores sobre los 50 años se comportan de manera diferente en el transcurso del tiempo?, ¿hemos logrado disminuir

1 En el presente trabajo, el uso del género masculino tiene por único objetivo aligerar el texto y tornarlo más amable a la lectura.

2 Para el caso de Chile, las edades de jubilación difieren según el sexo; de este modo, las mujeres pueden jubilarse desde los 60 años y los hombres desde los 65.

la brecha de participación laboral entre hombres y mujeres?, ¿cómo esta brecha afectará a estas últimas al momento de jubilarse?, ¿cuáles podrían ser los desafíos del mercado laboral chileno en relación con el envejecimiento de la población?

El presente trabajo se estructura como sigue. En primer lugar, se expondrá la evolución demográfica reciente de Chile, la cual se enmarca en una tendencia regional hacia el envejecimiento sostenido de la población. En este contexto, se pretende abordar, por un lado, el marco demográfico tanto de la región como del país, mientras que, por otro, la evolución del mercado laboral chileno en los últimos 25 años. Interesa el comportamiento del mercado laboral chileno debido al fuerte crecimiento económico que ha caracterizado a Chile en los últimos años, al desarrollo de un sistema de pensiones anclado en la capitalización individual y a la presencia de una población de trabajadores que crece anualmente debido al propio proceso de envejecimiento.

Una vez expuesto el contexto, procederemos a explicar la metodología utilizada, que consiste, principalmente, en la creación de cohortes sintéticas (en adelante cohortes) mediante el reposicionamiento de los datos transversales en un orden longitudinal para el cálculo de las tasas de participación por grupos de edad. Por ejemplo, las tasas de participación de las personas que tenían 50-51 años en 1990 fueron asignadas a la cohorte 1939-1940, mientras que las que tenían 52-53 años en ese mismo año, lo fueron a la cohorte 1937-1938. Este reposicionamiento de los datos podría permitir, entre otras cosas, ver si las distintas cohortes a partir de los 50 años poseen patrones de evolución disímiles. También nos permitirá observar si existe una diferencia entre la participación laboral masculina y femenina al interior de las distintas cohortes.

Cabe destacar, por un lado, que este ejercicio se desarrolla en el marco de la inaccesibilidad a datos longitudinales comparables que nos permitan efectuar este ejercicio y, por otro, que esta metodología busca responder directamente a los objetivos del presente estudio, a saber: *a)* conocer la evolución de la participación laboral de las personas en Chile que se acercan a la tercera edad (50 años o más), a partir de 1990; *b)* conocer la evolución de la participación laboral de las personas que han sobrepasado los 60 años en Chile a partir de 1990; *c)* identificar las principales diferencias generacionales en las trayectorias de participación en el mercado laboral de las cohortes estudiadas, y *d)* identificar los principales desafíos de las políticas públicas y el mercado laboral frente a las dinámicas de participación de las personas mayores de 50 años.

En este sentido, en línea con lo propuesto por el Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (CELADE, 2011a), el presente estudio busca ser un aporte en la identificación de los cambios demográficos recientes con el fin de ofrecer al menos una parte de la información requerida para dar respuesta tanto a las problemáticas no visibilizadas como a aquellas que comienzan a emerger conforme evoluciona la estructura poblacional chilena.

En un tercer momento se expondrá el análisis desarrollado para las cohortes seleccionadas. Entre sus principales resultados, observaremos que las cohortes presentan una cierta homogeneización en la manera de evolucionar, lo cual se traduce en que las curvas de cada cohorte se aproximen notoriamente al resto de las trayectorias. En este mismo sentido, como es de esperar, las TP van disminuyendo con el pasar de los años, siendo en torno a los 70 años cuando algunas cohortes, luego de disminuir sus TP, vuelven a incrementarlas, probablemente, por un efecto en la selección de los sobrevivientes. Los resultados también muestran la brecha de género que existe en la TP, con una baja participación femenina en comparación con la masculina. Esta brecha se mantiene similar en la mayoría de las cohortes estudiadas.

Para concluir, los resultados expuestos dejan en evidencia una mayor TP en las personas con educación superior. En este sentido, pasados los 60 años, las personas que hacen parte de ese grupo de instrucción presentan reducciones en sus TP, independientemente de la cohorte a la que pertenezcan. Caso contrario es el de las personas con menor educación, quienes comparativamente, al pasar los 60 años, no ven disminuir tan fuertemente sus TP, como sí lo hacen los otros tres niveles de instrucción.

En este capítulo se señalan principalmente tres desafíos ligados a las políticas públicas y al mercado laboral: la reducción de la brecha observada entre hombres y mujeres al momento de participar en el mercado laboral; el aumento de la capacidad de preparar financieramente la jubilación, y en último lugar, pero no por ello menos importante, el aumento del capital humano de quienes tienen bajos niveles de perfeccionamiento.

Finalizamos, primero, exponiendo las principales limitaciones de este estudio, que se relacionan, básicamente, con la construcción de cohortes sintéticas a partir de datos transversales. En segundo lugar, intentando trazar algunas líneas para futuras investigaciones, basadas principalmente en la posibilidad de desarrollar estudios comparados con países de similares características demográficas, del sistema de pensiones y del mercado laboral. Además, se sugiere profundizar en el estudio de los

determinantes ligados a la prolongación de la vida activa y en la manera como han evolucionado en el tiempo.

Chile, síntesis de su trayectoria demográfica hacia el envejecimiento de la población

Explorar la evolución de las dinámicas laborales de las personas residentes en Chile desde una óptica de la demografía aplicada no puede sino efectuarse en el contexto de una región latinoamericana que ha venido desde hace décadas conociendo transformaciones poblacionales tan importantes como heterogéneas (CELADE, 2011b; Chackiel, 2004). En ese escenario, la propuesta de Notestein (1945), quien plantea la teoría de la transición demográfica como un mecanismo para comprender los cambios tanto a nivel de la mortalidad como de la fecundidad y de la estructura poblacional, podría sernos de utilidad para enmarcar el desarrollo poblacional de la región.

La heterogeneidad regional en términos de la transición demográfica ha sido ampliamente abordada, señalándose, por ejemplo, países *muy avanzados*, como el caso de Cuba, y *avanzados*, como Argentina, Uruguay, Brasil y Chile (Benítez, 2004; CEPAL, 2008; Chackiel, 2004; Guzmán, Rodríguez *et al.*, 2006; Miró, 2003). Entre los posibles efectos de dicha transición es posible encontrar el envejecimiento estructural de la población, el cual es definido por un aumento del peso porcentual de las personas sobre 60 años, el que será paulatinamente más significativo que el peso de los menores de 15 años.

Como es de esperarse, este fenómeno tiene consecuencias en todos los ámbitos de la vida humana: en lo económico, en lo social y en lo político. A modo de ejemplo, en la esfera económica, dicho envejecimiento configurará un desafío tanto para los sistemas de pensiones como para la sostenibilidad de los mercados laborales y su capacidad de invertir en la calificación de la mano de obra entrante (Lee, Mason *et al.*, 2010). Estos desafíos, según CELADE (2011a), se agudizarán en la región hacia el año 2040, donde por primera vez los mayores de 60 años superarán a los menores de 15 años. Sin embargo, Bloom, Canning *et al.* (2003) y Benítez (2004) señalan que antes de ingresar a dicho envejecimiento las poblaciones conocerán un aumento del peso relativo de sus poblaciones en edad de trabajar, pasando, en el caso de Latinoamérica, de representar un 54% en 1950, a 62% en 2010 y a 63% en 2020.

En ese contexto, la región aún podría incrementar el beneficio económico de tener a la mayoría de su población en edad activa y así

preparar mejor los desafíos inherentes al envejecimiento de la población, los cuales, en el transcurso del siglo, continuarán tomando significancia. De no hacerlo, este bono demográfico podría traducirse, por ejemplo, en mayores tasas de cesantía, mayores niveles de desigualdad, o bien, en un incremento de los niveles de pobreza de la región (Benítez, 2004; Bloom, Canning *et al.*, 2003). Cabe destacar que la irreversibilidad del proceso de envejecimiento es tal, que hacia el año 2080 se espera que haya un *envejecimiento del envejecimiento*, es decir, que el único grupo de edad que aumente sea el de personas sobre los 80 años, lo que entre otras cosas se podría traducir en una menor proporción de personas autónomas, laboralmente activas y socialmente integradas en los grupos de edad más elevados (Chackiel, 2000, 2004). Esto último principalmente debido al incremento, pasados los 79 años, del riesgo de caer en una dependencia funcional (CELADE, 2011a).

No obstante, Chackiel (2004) y Lee *et al.* (2010) subrayan el hecho de que estas constataciones demográficas no deben ser leídas con alarmismo, sino más bien desde una óptica de la preparación y la oportunidad, ya que, por ejemplo, una menor proporción de niños permitiría a la sociedades dedicar más recursos al cuidado de las personas con más edad y/o una mayor inversión en la promoción de sanas hábitos de vida que ayudaría a prevenir la aparición de ciertas enfermedades y, en consecuencia, a aumentar la probabilidad de vivir más años en un buen estado de salud, o bien, a *morir saludables*.

Chile, junto con Argentina, Uruguay, Brasil y Cuba (el caso más avanzado en la región), es uno de los países que ha venido experimentado tempranamente los cambios demográficos que llevan hacia el envejecimiento poblacional en Chile, desde mediados del siglo XX ha tenido lugar la disminución de la mortalidad infantil, el aumento de la esperanza de vida (la cual pasó de 55 años en la década de los años cincuenta a 79 años en 2010), la concentración de la mortalidad en las edades más avanzadas y la baja sostenida de la fecundidad, que, desde el año 2000,³ no supera (ni superará en los próximos quinquenios) la tasa de reemplazo de 2.1 hijos por mujer (Albala, Sánchez *et al.*, 2007; Boreal, 2011; Calvo, Tartakowsky *et al.*, 2011; INE, 2008).

Dichos cambios no han sido inocuos a la estructura etaria de la población, más bien han dejado sentir sus efectos en la pirámide poblacional chilena. Así, Calvo y otros (2011) destacan que, a partir de 1990, las personas entre 0 y 14 años, junto a las de 15 y 24 años, han venido

3 En este año se estimó por primera vez una tasa global de fecundidad cercana a 2 niños por mujer. Es decir, inferior a la tasa de renovación de la población (2.1).

mostrando el decrecimiento de su importancia relativa en el total de la población. Caso contrario para el grupo de 60 años y más, de quien se espera que entre 1990 y 2015 triplique su peso dentro de la población, pasando de 9% a 28% de la población chilena. La evolución del índice de envejecimiento chileno muestra claramente el impacto de la dinámica demográfica en la estructura de la población. En 1980, este índice era de 16.8 de mayores de 60 años por cada 100 menores de 15 años, y se espera que en 2030 sea de 90.8. Este hecho implica un conjunto de desafíos sociales a los cuales el país deberá hacer frente. Entre otros, prever y suplir el apoyo que requerirán las personas mayores que posean pérdida de autonomía, ofrecer a quienes participen activamente en la fuerza laboral la flexibilidad necesaria para el cuidado y ayuda de familiares ancianos, sin que ello signifique su salida del mercado laboral. Este último puede ser medido, en parte, a través de la razón de apoyo a los padres, la cual, para el caso de Chile, se calcula identificando el número de personas mayores de 80 años por cada 100 personas entre 50 y 64 años. Según las estimaciones hechas por Boreal (2011), se espera que dicha razón continúe con la tendencia al alza que existe en el país desde 1980, la cual se acelera cada vez más por cada quinquenio. Esto podría traducirse, en términos prácticos, en una carga extra para las familias, especialmente para las mujeres, lo cual podría a su vez obstaculizar su participación en el mercado laboral, generando como consecuencia una inequidad económica frente a los hombres al momento de tomar la jubilación.

Otros de los desafíos propios del envejecimiento de la población son aquellos que se refieren al mercado laboral. Por un lado, nos referimos al hecho de maximizar el provecho del bono demográfico que hace aumentar la proporción de personas potencialmente activas y, por otro, el generar espacios de adaptación en el mercado a los trabajadores con más edad, a los trabajadores que deban brindar cuidados a algún cercano y a los trabajadores que deseen trabajar parcialmente una vez iniciada su jubilación.

En este sentido, uno de los indicadores que podría exponer la capacidad del mercado laboral chileno para integrar tales desafíos es la tasa de participación en la fuerza de trabajo, la cual muestra la proporción de individuos de un grupo de edad determinado que participan activamente en dicho mercado. Para el caso de las mujeres, quienes proporcionalmente brindan más apoyo a sus padres que los hombres, este indicador sería útil para poner en evidencia la doble desventaja femenina al momento de prepararse para la vejez. Por un lado, ellas participan menos en el mercado laboral, *ergo*, ahorran menos para su jubilación y, por otro, presentan una razón de ayuda a

los padres mayor a la de los hombres, lo que disminuiría aún más sus posibilidades de ingresar al mercado laboral y, por consecuencia, de preparar mejor su jubilación.

Las estimaciones hechas por Boreal (2011) a partir de los datos de la encuesta CASEN (2009) muestran que las mujeres de entre 0 y 59 años poseen una tasa de participación de 50%, mientras que los hombres presentan una tasa cercana a 80%. Esta brecha es aún más notoria si observamos el grupo de entre 60 y 64 años, en el que las TP femenina son cercanas a 30% y las masculinas de alrededor de 75%. En términos de ocupación, para el mismo periodo y con los mismos datos, Calvo *et al.* (2011) destacan que entre los 60 y los 64 años los hombres poseen una tasa de ocupación de 71.4%, mientras que las mujeres presentan una tasa del 26.8%. Esta situación se sostiene en el tiempo, incluso cuando ambos sexos han sobrepasado la edad de jubilación, observando así que entre los 65 y 69 años la tasa de ocupación masculina es del 43%, mientras que para las mujeres es de 13.5%.

Mercado laboral chileno. Características recientes

La evolución de la dinámica demográfica de las últimas décadas trae aparejado el proceso de envejecimiento de la población y, con ello, importantes desafíos socioeconómicos. De esta manera, el estudio del envejecimiento no debería sino entenderse como un medio que contribuye a la preparación de nuestras sociedades para gestionar los retos que se aproximan. Entre dichos retos, uno de los que se destaca por su impacto y transversalidad es aquel que guarda relación con la sostenibilidad de los sistemas de pensiones (Paz, 2010).

Para el caso chileno, este sistema es actualmente un sistema de capitalización individual, lo que hace que —independiente de la estructura poblacional— el nivel de las pensiones estará determinado por el nivel de ahorro que cada trabajador logre a lo largo de su vida activa. Cabe destacar que el actual sistema comprende un sistema de pensiones solidarias para quienes no hayan podido cotizar durante su vida, además de un sistema de aporte solidario,⁴ garantizado por el Estado, el cual busca, por un lado, aumentar las pensiones más des-

4 Cabe destacar que el aporte solidario fue incorporado al sistema de pensiones en el marco de la reforma al sistema previsional chileno efectuada en 2008 (Comisión Asesora Presidencial, 2015).

favorecidas, mientras que, por otro, reducir las brechas económicas entre hombres y mujeres en la tercera edad.⁵

En términos de la evolución del mercado laboral chileno en las últimas décadas, Castex y Sepúlveda (2014) subrayan el aumento de la edad promedio de los trabajadores, la cual ha pasado de 36 años en 1990 a 42 años en 2011. En igual sentido, los autores destacan el incremento, desde 1990, tanto de la población en edad de trabajar (PET)⁶ como de la población económicamente activa (PEA).⁷ De este modo, la PET ha pasado de 37% en 1990 a 44% de la población total en 2011, mientras que durante este mismo periodo la tasa de participación general (PEA/PET) ha pasado discretamente de 52% a 56%.

Desde una óptica de género, es posible destacar que mientras en 1990 cerca del 30% de la PEA correspondía a mujeres, en 2011 ellas representaban un poco más del 40% de la misma población, lo que se explica principalmente por un incremento en el porcentaje de mujeres en edad de trabajar, el cual pasó de 32% en 1990 a 44% en 2011. Sumado a ello, en dicho periodo se registró el declive de la participación masculina, que pasó de 74% en 1990, a 70% en 2011. Una de las causas podría ser el retraso del ingreso al mercado laboral de los grupos más jóvenes, debido a la extensión del periodo de estudio (Castex y Sepúlveda, 2014).

Respecto a las características de los trabajadores chilenos, durante las últimas dos décadas, junto con el incremento de la edad promedio, es posible constatar que tanto los años de experiencia promedio de los trabajadores como los años de educación promedio también aumentaron. De este modo, entre 1990 y 2011, los años de experiencia pasaron de 36.6 a 40 años, mientras que los años de educación aumentaron 17%, pasando de 9.7 a 11.4 años.

Con respecto al tipo de trabajo, es posible señalar que, entre 1990 y 2011, la proporción de trabajadores asalariados se mantuvo relativamente estable, comenzado en 72% y registrando en el último año de observación un nivel de 76%. En ese sentido, a pesar de la disminución de la tasa de contratación durante la década de los años noventa, se destaca que dicha tasa, desde 1998 (cuando conoció su valor míni-

5 Para mayores antecedentes se sugiere consultar el *Informe final* de la Comisión Asesora Presidencial sobre el Sistema de Pensiones (2015), en <http://www.comision-pensiones.cl>.

6 Cabe destacar que dada la legislación del país, Chile entiende por población en edad de trabajar (PET) aquellas personas que tengan 15 años o más.

7 Cabe destacar que, dada la legislación del país, Chile entiende por población económicamente activa (PEA) aquella compuesta por las personas de 15 años o más que trabajen o estén en busca de un trabajo.

mo de 75%), ha mostrado un aumento constante que culmina en 84% en 2011. Cabe destacar que esta tasa guarda diferencias de género relativamente estables en el tiempo, manteniendo a los hombres con una tasa de contratación superior a la del promedio, mientras que a las mujeres por debajo de dicha tasa.

Otro aspecto a subrayar es que, durante las últimas décadas, entre los asalariados la tasa de contratación a plazo fijo osciló entre 15% y 25%, al tiempo que la brecha salarial entre hombres y mujeres mostró una tendencia a reducirse durante el periodo 1990-2011, pasando de 53% a 27% (Castex y Sepúlveda, 2014).

Dentro de la PEA, los trabajadores de 50 años y más revisten especial interés, pues serán ellos los que conocerán próximamente el tránsito hacia la jubilación, además de ser quienes probablemente ya tengan o tendrán a su cargo, en el futuro de corto plazo, a una persona de avanzada edad que requiera ayuda de diversa índole.

Sobre este grupo de trabajadores, el Servicio Nacional del Adulto Mayor de Chile (Senama) indica que al inicio del siglo XXI ellos mostraban bajos niveles de educación, lo que se traducía en 27% de la población con educación completa o educación superior, y más del 50% con un nivel igual o inferior a la educación básica. En el mismo sentido, sólo 10% habría asistido a un curso de capacitación, y esto principalmente con fondos de sus empleadores o en el marco de algún programa público.

En 2003, el nivel de ocupación de las personas de 50 años y más era de 41.2%, mientras que 56.1% se declaraba inactiva. En términos del estado de salud, según el Senama, más del 20% de estas personas se declara con algún problema de salud, lo que eventualmente podría generar periodos de ausencia, o bien forzar su salida del mercado laboral (Senama, 2007a).

Las edades de retiro efectivo de los trabajadores chilenos han seguido una tendencia al alza desde inicio de los años noventa. Según la Comisión Asesora Presidencial sobre el Sistema de Pensiones (2015), éstas han llegado actualmente a 69 años en los hombres y 64,8 años en las mujeres.

Según indica la Encuesta Nacional de Calidad de Vida en la Vejez, en sus versiones 2007, 2010 y 2013, el porcentaje de personas de 60 años o más que declaran trabajar ha variado de 25% en 2010 a 28% en 2007 y 31% en 2013. Estas personas serían mayoritariamente hombres, entre 60 y 74 años, y tendrían un mayor nivel de educación que sus pares inactivos (Senama, 2007b, 2010, 2013).

Marco metodológico

El marco metodológico está pensado desde la demografía aplicada, es decir, pone un especial interés en analizar la interacción entre la evolución del comportamiento laboral en las distintas generaciones, observada a través de las tasas de participación laboral (TP), y los desafíos a los que las políticas públicas deberían dar respuesta (diagrama 1).

Diagrama 1. Diagrama relacional



Fuente: elaboración propia.

Así, tres fueron las piedras angulares de la metodología: la agrupación de casos por generaciones de origen gracias a la construcción de cohortes sintéticas a partir de los 50 años; la evolución generacional de la participación laboral según el sexo y el nivel de educación alcanzado a partir de los 50 años, y el comportamiento de las cohortes al momento de sobrepasar la edad de 60 años y antes de llegar a los 80 años.

Chile es uno de los países latinoamericanos que ha vivido de una manera particularmente acelerada el proceso del envejecimiento poblacional. En ese sentido, la posibilidad de efectuar un estudio exploratorio sobre distintas cohortes de la población se torna aún más pertinente dado el interés de diversos actores políticos y tomadores de decisiones en los desafíos propios del envejecimiento estructural de las poblaciones. Chile analiza actualmente la reestructuración de su siste-

ma de protección social, especialmente el sistema de pensiones.⁸ Sumado a ello, cabe destacar como criterio de selección la accesibilidad que Chile otorga a la serie de datos analizados. Dichos datos corresponden a los recogidos desde 1990 en el marco de la Encuesta CASEN.

Dado que el interés investigativo yace en la relación antes mencionada, se propone como población de estudio a las personas residentes en Chile que hayan cumplido al menos 50 años al momento de ser encuestadas para la Encuesta CASEN. De este modo, los datos permitirán observar el comportamiento laboral de las generaciones comprendidas por el estudio, desde que se aproximan a la edad de jubilación hasta que la sobrepasan.⁹ Como se explicará posteriormente, la extinción de las generaciones (técnicamente llamadas *cohortes sintéticas*) se establecerá a los 80 años mediante la agrupación de los sobrevivientes en un grupo etario de “80 años y más”.

Objetivos

El presente estudio persigue principalmente:

- a) Conocer la evolución de la participación laboral de las personas en Chile que se acercan a la tercera edad (50 años o más), a partir de 1990.
- b) Conocer la evolución de la participación laboral de las personas que han sobrepasado los 60 años en Chile a partir de 1990.
- c) Identificar las principales diferencias de género y generacionales en las trayectorias de participación en el mercado laboral de las cohortes estudiadas.
- d) Identificar los principales desafíos de las políticas públicas y el mercado laboral frente a las dinámicas de participación de las personas mayores de 50 años.

8 Por ejemplo, en 2015, el gobierno de Chile estableció una Comisión Presidencial destinada a revisar las reformas necesarias para el sistema de pensiones chileno (2015). Esta Comisión fue liderada por el economista David Bravo y su reporte final está disponible en: <http://www.comision-pensiones.cl>.

9 La elección de esta edad se realiza con el objetivo de poder observar al menos los diez últimos años de actividad antes de sobrepasar la edad legal de jubilación: 60 años para las mujeres y 65 años para los hombres.

Metodología, fuente de los datos y camino metodológico para la construcción de las cohortes sintéticas

Este estudio se basó en los principios de la metodología de cohortes sintéticas, lo que permitió la observación de manera longitudinal de los datos recolectados transversalmente. Para ello, se agrupó a los individuos que compartían alguna característica invariable en el tiempo, como el año de nacimiento. A partir de esta característica, los individuos fueron reunidos en grupos que se denominaron *cohortes sintéticas* (en adelante cohortes). Cabe destacar que este grupo no es el mismo en cada año de observación transversal, por lo que se asume que, dado que han nacido el mismo año, los individuos observados son representativos de los otros individuos que hacen parte de la cohorte, pero que no han sido observados.

Para conocer el año de nacimiento de cada cohorte se calculó: año de observación – edad declarada = año de nacimiento. Un ejemplo de ello sería que la persona que declara tener 50 años en 1990 será considerada como nacida en 1940, dado que: $(1990 - 50 = 1940)$. De esta manera, usaremos los años cumplidos para integrar a cada individuo a una determinada cohorte.

Con el fin de construir las cohortes que serían analizadas, una vez que los años de nacimiento fueron asignados, se procedió a reunir a los individuos observados en grupos de dos años con el fin de aumentar su valor interpretativo y de disminuir los riesgos de sesgos y errores de estimación vinculados a la selección y el tamaño de muestra observado dentro de cada intervalo.

En ausencia de datos longitudinales comparables, el análisis por cohorte sintética permitió conocer las trayectorias de cada una de las cohortes a distintas edades y compararlas en cada momento de observación, lo que dio como resultado una trayectoria histórica por cohorte de la participación en el mercado laboral.

Los datos a analizar fueron los microdatos recopilados por el Ministerio de Desarrollo Social de Chile, mediante la implementación de la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional de Chile (CASEN), comenzando en 1990 y llegando hasta 2011. La periodicidad de esta encuesta en sus inicios (1985) era bianual, pasando a trianual entre 2000 y 2009 y retornando a bianual en 2011. Respecto a sus objetivos, la Encuesta CASEN busca principalmente caracterizar la situación de la población, especialmente aquella que atraviesa por condiciones de pobreza. En cuanto a la información ofrecida por esta Encuesta, tiene representatividad tanto a nivel nacional como de

hogares e individuos, caracterizando esos diferentes niveles tanto en términos demográficos como en términos de educación, salud, vivienda, trabajo e ingresos. Por otro lado, cabe destacar que no todas las observaciones registradas son autodeclaradas, siendo el miembro del hogar encuestado mayoritariamente el jefe de hogar, quien responde por él y por el resto de los integrantes del hogar.

Dado que la periodicidad de las encuestas pasó de dos a tres años en 2000, luego de realizar los primeros ejercicios exploratorios con los datos disponibles, se han tomado sólo los años 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2006 y 2011. De esta manera, con el objetivo de poder cerrar nuestras cohortes en 2012 se ha decidido, para el año 2011, establecer la hipótesis de que tanto las variables de interés como las tasas de participación son similares y con mínimas variaciones que serían observadas en 2012. Esta hipótesis ha permitido tener observaciones más próximas al momento de análisis, y, por tanto, conocer la evolución de dicha participación seis años más de los que hubiéramos observado de no haberla establecido. Cabe destacar, como se verá más adelante, que la necesidad de esta hipótesis nace del reagrupamiento de individuos en intervalos de dos años para la construcción de las cohortes. En igual sentido, no fueron consideradas las observaciones 2003 y 2009, ya que imposibilitarían la construcción y comparación de las diferentes cohortes, debido a que su periodicidad de tres años no permite continuar con el reagrupamiento bianual que ha sido comenzado en 1990. Por otro lado, con el fin de completar la información necesaria para una mayor continuidad de las cohortes, se ha utilizado la media móvil de los tres últimos periodos observados para estimar las TP en 2002, 2004, 2008 y 2010.

Una vez establecidos los criterios para la construcción de las cohortes, éstas fueron elaboradas en dos fases. En la primera fase se desarrolló un análisis transversal que permitió determinar la población de interés y, a la vez, calcular los indicadores de interés necesarios, es decir, la tasa de población económicamente activa por rangos de edad para cada una de las bases de datos utilizadas. Posteriormente, durante la segunda fase se procedió a reordenar la información transversal calculada en la etapa precedente en términos de datos longitudinales. Para ello se calcularon los años de nacimiento de cada cohorte y se reordenaron en una nueva base de datos longitudinales, en la cual las cohortes quedaron reagrupadas en grupos de dos. Por ejemplo: las personas que transversalmente tenían 50-51 años en 1990 y 52-53 años en 1992, longitudinalmente corresponderían a las personas de dichos grupos de edad de las cohortes 1939-1940. Esta metodología de reordenamiento de los datos tiene como supuesto

principal que las cohortes tienen las mismas características generales a través del tiempo, aunque dentro de cada encuesta sean individuos diferentes, con probabilidades diferentes e independientes de selección. En igual sentido, la construcción de las cohortes supone que ninguno de los grupos estudiados fue afectado por fenómenos extremos que pudieran mermar la plausibilidad de la hipótesis preliminar.

Para concluir, podemos sintetizar que el presente estudio comprendió una cohorte como un grupo de personas que habiendo nacido el mismo año pueden ser seguidas en el tiempo mediante el muestreo aleatorio de sus integrantes, es decir, pueden ser seguidas a través de sucesivas encuestas sin que necesariamente sean las mismas personas las que participen en tales encuestas.

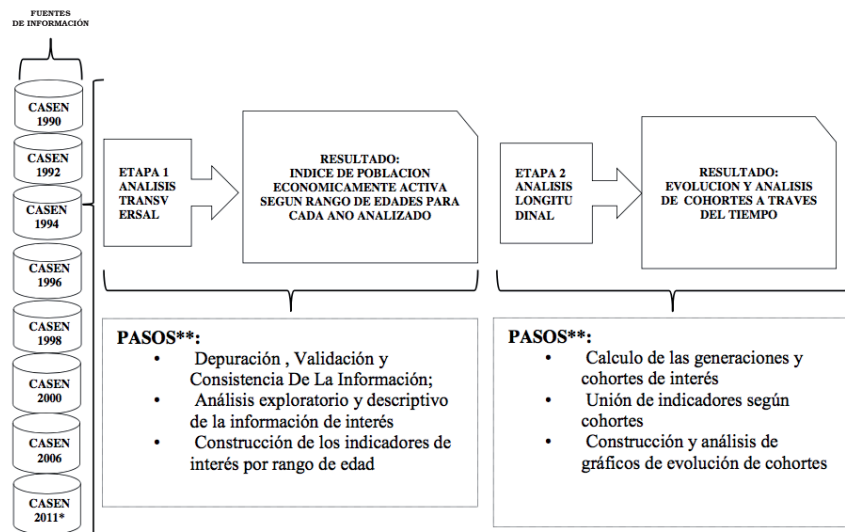
El análisis de los datos, tal como se muestra en el diagrama 2, empezó con una etapa de validación de la consistencia de los mismos.¹⁰ En esta etapa se verificó, por un lado, la completitud de los datos en las variables a utilizar —es decir, que la tasa de no respuesta por variable fuera menor a 10 por cada periodo observado—; por otro lado, se verificó la consistencia de la información obtenida, es decir, la lógica y razonabilidad de la información consignada por individuo observado. Por ejemplo, un individuo de 60 años no puede poseer una experiencia laboral superior a su edad biológica. En términos generales, se observó tanto la calidad de los datos disponibles como la suficiencia de los mismos para ejecutar los análisis propuestos.

A continuación se procedió a efectuar un análisis exploratorio para conocer la población observada y calcular las TP en el mercado laboral chileno.

En un tercer momento se llevó a cabo la construcción y el análisis de las cohortes sintéticas. Para ello, se ordenaron las tasas calculadas de manera longitudinal en función de los años de nacimiento asignados, lo cual nos permitió tener una imagen de la evolución en el tiempo de las distintas cohortes construidas en el marco de este estudio.

10 Cabe destacar que esta fase hace parte del proceso integral del análisis de los datos; sin embargo, ella, al igual que toda la etapa 1 de la figura 2, es mencionada a modo indicativo dentro de este capítulo con el fin de exponer al lector el proceso de análisis completo que nos ha permitido lograr los resultados aquí expuestos.

Diagrama 2. Esquema de análisis



Fuente: Elaboración propia

* La encuesta CASEN 2011 fue sometida a la hipótesis que su población se asemejaría en comportamientos laborales a la población que hubiera sido observada en 2012. De este modo, su población viene a completar a los individuos existentes en 2012 por cada una de las cohortes generadas.

**El esquema de análisis se repitió para el total de la población, para cada sexo y para cada nivel de educación. Esto fue efectuado para cada grupo de datos.

Únicamente aquellas cohortes que poseían, al menos, cuatro observaciones fueron consideradas para hacer parte de la nueva base de datos longitudinal. Ese mismo criterio fue el utilizado al momento de seleccionar las cohortes para construir los gráficos que se expondrán más adelante.

Evolución de la participación laboral de las cohortes a partir de 50 años y más

El ejercicio de construcción de las cohortes ha permitido reagrupar a las personas incluidas en las diferentes ediciones de la Encuesta CASEN en 17 cohortes sintéticas que, a su vez, abarcan dos generaciones cada una. A partir de dichas cohortes, la reconstrucción de la historia de las TP por cohorte ha sido establecida y plasmada en

los gráficos a exponer. De este modo, la cohorte más antigua que se ha podido reconstruir es aquella de 1915-1916, y las más reciente es aquella de 1947-1948. Cabe señalar que el primer grupo de edad incluido para las cohortes: 1915-1916, 1917-1918, 1919-1920, 1921-1922, 1923-1924, 1925-1926, 1927-1928, 1929-1930, 1931-1932, 1933-1934, 1935-1936, 1937-1938 y 1939-1940, fue calculado restando la edad declarada en la Encuesta CASEN 1990. Para el caso de la cohorte 1941-1942,¹¹ el primer grupo de edad fue observado en la Encuesta CASEN 1992, mientras que para la cohorte 1943-1944, dicho grupo es estimado desde 1994.

De igual modo, las cohortes 1945-1946 y 1947-1948 fueron estimadas a partir de las ediciones 1996 y 1998, respectivamente. Por otro lado, en lo que respecta a los gráficos que serán expuestos más adelante, cabe destacar que no todas las cohortes serán incluidas en ellos, y esto principalmente para privilegiar la comprensión de la información. En este sentido, el primer grupo de gráficos, que muestra la trayectoria entre los 50 y los 80 años, fue creado tomando las cohortes con un intervalo de 6 años. El segundo grupo de gráficos, que muestra la evolución de la TP a partir de los 60 años, tomó aquellas cohortes que poseían más años de observación, con el objetivo de aumentar el seguimiento en el tiempo y aproximarse lo más posible a los 80 años.

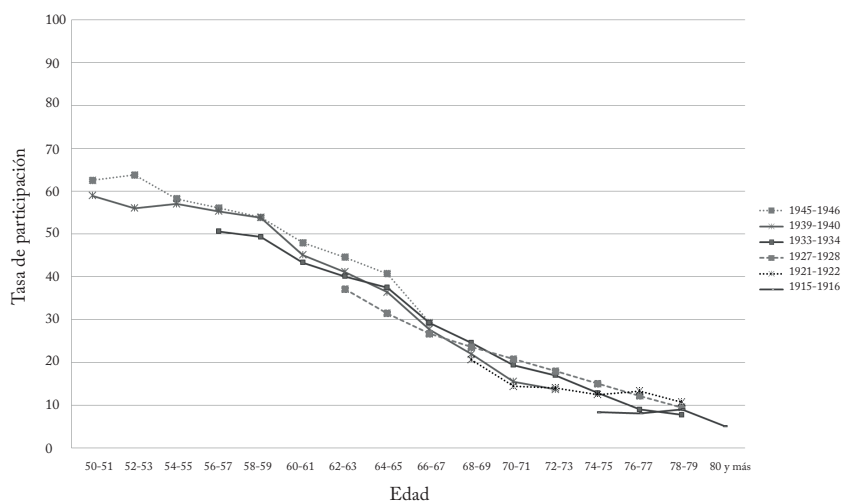
En el mismo sentido que lo indica Senama (2007a) y con el objeto de recapitular el contenido teórico que hemos venido exponiendo en este estudio, se cree importante resaltar que el interés por estudiar las cohortes de trabajadores presentes en Chile a partir de los 50 años está dado principalmente porque ellos, quienes están teóricamente en el momento de madurez de su vida profesional, estarán más expuestos a conocer los posibles desafíos ligados al envejecimiento de la población, a saber: tener una persona cercana que requiera de su ayuda en las actividades cotidianas; comenzar el tránsito hacia la jubilación, o bien, pensar en un equilibrio entre la jubilación, el trabajo y la vida familiar.

El gráfico 1 nos permite destacar que la cohorte más joven (1945-1946) entre los 50 y los 66 años presenta TP constantemente más elevadas que las cohortes que la preceden. Esta diferencia es fácilmente observable si las comparamos con la cohorte de 1933-1934. En igual sentido, la cohorte 1939-1940, que mostraba una de las

11 Cabe destacar que a partir de la cohorte 1941-1942, las cohortes corresponden a la resta entre el año de la encuesta y la edad de 50 años. Por ejemplo: 1992-50 = 1941-1942; 1998-50 = 1947-1948.

más altas TP entre los 50 y los 63 años, pasada dicha edad, comienza a conocer TP similares a la cohorte 1921-1922, e inferiores a las de la cohorte 1933-1934. Respecto de esta última, a pesar de que entra en observación desde los 56 años con tasas inferiores a las cohortes 1939-1940, sus integrantes muestran, a partir de los 66 años, TP más elevadas que la mayoría de las cohortes. Por otro lado, es interesante resaltar la evolución de las cohortes 1921-1922 y 1915-1916, las cuales muestran que sobre los 74 años existe un leve y esporádico aumento de sus TP. Ello podría eventualmente estar influenciado por un cierto efecto de selección ligado a la salud. Cabe destacar que esta situación no es observable dentro de nuestro marco de análisis, aunque ella se podría inferir a partir de los criterios de selectividad ligados a la salud de las personas que llegan a edades más elevadas. De este modo, en términos generales, el gráfico 1 muestra que los individuos entre los 50 y los 59 años —independiente de la cohorte observada— poseen TP que oscilan entre el 49% y el 64%. Sumado a ello, estas tasas van decreciendo cada año de manera relativamente homogénea hasta su extinción; sólo las cohortes 1939-1940 y 1921-1922 muestran TP distinguiblemente más bajas entre las edades de 70 y 75 años.

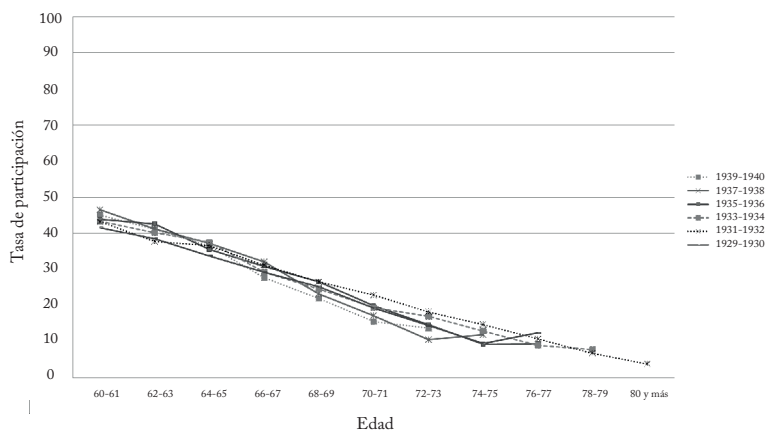
Gráfico 1. Evolución de la tasa de participación, cohortes seleccionadas cada 6 años, Chile, ambos sexos



Fuente: micro-datos Encuesta CASEN, 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2006 y 2011.

Por otra parte, el gráfico 2 muestra la evolución de las tasas de participación pasados los 60 años. De esta manera, es posible constatar una cierta homogeneización de las TP entre los 60 y los 69 años, lo que deja entrever una escasa diferenciación de los comportamientos de dichas cohortes. Así, estas tasas pasan de fluctuar entre 41% y 53% a los 60 años, a hacerlo entre 20% y 26% a los 69 años. En este sentido, siguiendo la tendencia a la baja pero con un mayor nivel de diferenciación, es posible mencionar que pasados los 70 años la cohorte 1931-1932 muestra tasas ligeramente más elevadas que el resto de las cohortes. Sumado a ello, hemos de mencionar que las tasas más bajas del conjunto de cohortes observadas, antes de los 80 años, se presentan entre los 72 y los 75 años, lo que eventualmente podría estar relacionado con la capacidad física de continuar trabajando.

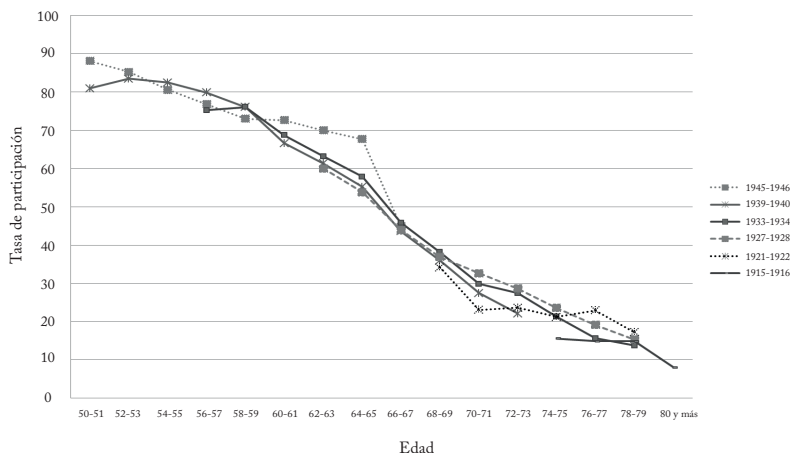
Gráfico 2. Evolución de la tasa de participación, cohortes seleccionadas, 60 años y más, ambos sexos, Chile



Fuente: microdatos Encuesta CASEN, 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2006 y 2011.

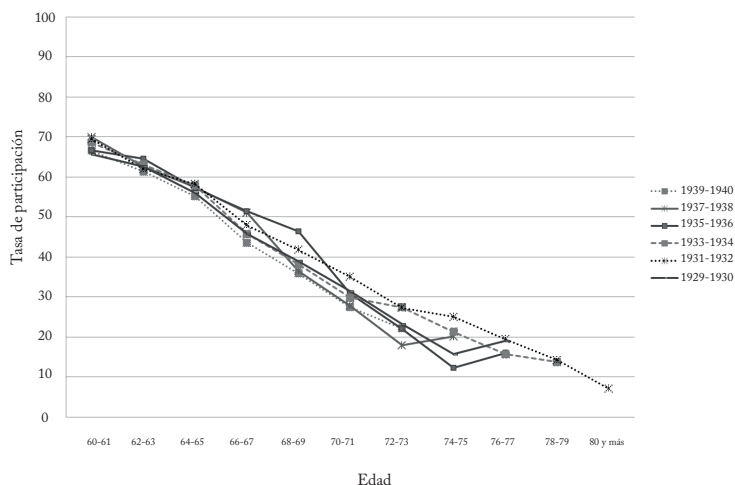
El análisis diferenciado por sexo que nos ofrecen los gráficos 3, 4, 5 y 6 muestra elocuentemente la diferencia entre las TP masculinas y femeninas. De este modo, si tomamos la cohorte 1945-1946, la cual además presenta a los 50 años las TP más elevadas en ambos sexos, podemos ver que mientras los hombres conocían una TP del 90%, las mujeres lo hacían a un nivel del 34%, cerca de 2.6 veces menor a la de sus pares masculinos. Estas diferencias, como se constata en los gráficos 3 y 5, son sostenidas en el tiempo y se encuentran en todas las cohortes.

Gráfico 3. Evolución de la tasa de participación, cohortes seleccionadas cada 6 años, hombres, Chile



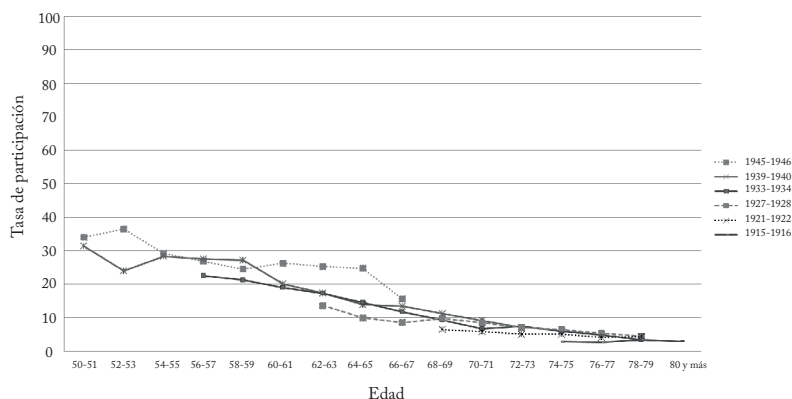
Fuente: Encuesta CASEN, 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2006 y 2011.

Gráfico 4. Evolución de la tasa de participación, cohortes seleccionadas, 60 años y más, hombres, Chile



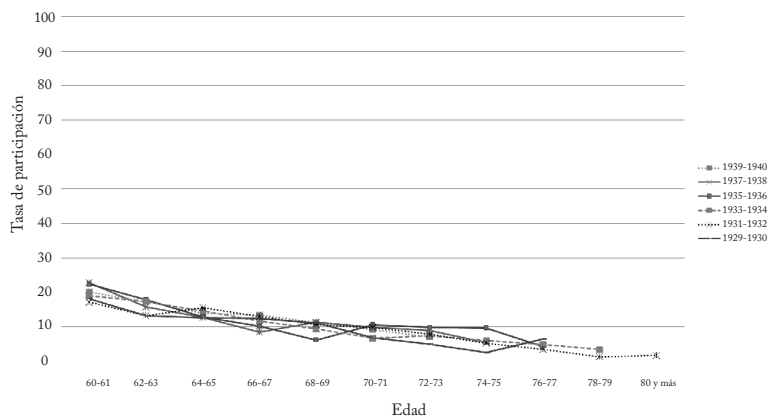
Fuente: microdatos Encuesta CASEN, 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2006 y 2011.

Gráfico 5. Evolución de la tasa de participación, cohortes seleccionadas cada 6 años, mujeres, Chile



Fuente: microdatos Encuesta CASEN, 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2006 y 2011.

Gráfico 6. Evolución de la tasa de participación, cohortes seleccionadas, 60 años y más, mujeres, Chile



Fuente: microdatos Encuesta CASEN, 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2006 y 2011.

Otro ejemplo de las disparidades constatadas es el hecho de que mientras más avanzan las edades, la diferencia relativa entre hombres y mujeres muestra una tendencia al alza; ello es fácilmente observable si tomamos los valores de la TP a 72-73 años de los integrantes de la cohorte 1939-1940, donde mientras los hombres conocen

una tasa del 21%, las mujeres poseen una TP del 7%, 3 veces inferior a la de los hombres. Esta transversalidad de las diferencias de género al momento de participar en el mercado laboral se traduce a su vez en una cierta homogeneización de la evolución de las TP, lo que deja entrever que a pesar de que los individuos provengan de cohortes diferentes, sus comportamientos no muestran diferencias significativas de una generación a otra.

En igual sentido, otro ejemplo de la persistencia de las diferencias de género es el hecho de que los hombres conocerán tasas de participación inferiores al 10% solamente a los 80 años —mientras que las mujeres comienzan a conocer ese nivel de TP desde los 66 años aproximadamente—, y ello con independencia de la cohorte a la que pertenezcan. No obstante las disparidades de género que se observan en la lectura general de la evolución de las cohortes, al interior de algunas de ellas se observa una fluctuación relativamente coordinada tanto en hombres como en mujeres, lo que se traduce, por ejemplo, en que ambos sexos de la cohorte 1945-1946 posean su máxima TP a los 64-65 años.

Como se adelantaba en el párrafo anterior, las diferencias de género en las TP tienden de manera general a mostrar un aumento conforme pasan los años. De esta manera, si a los 50 años la diferencia relativa entre el valor máximo de los hombres y el valor máximo de las mujeres (ambos pertenecientes a la cohorte 1945-1946) era de 2.6 en detrimento de las mujeres, a los 60 años, siendo la TP más elevada la que corresponde a la cohorte 1937-1938, muestra un aumento de dicha diferencia relativa, pasando así, aunque no en la misma cohorte, a 3.5 veces (gráficos 4 y 6). De este modo, mientras los hombres de esta cohorte poseen una tasa del 69.95%, las mujeres conocen una TP del 20.04%. En igual sentido, si tomamos la misma cohorte de 1937-1938 podemos constatar que la diferencia relativa a los 70 años pasa a 2.8, y que a los 75 años llega a 3.7 veces. En los grupos de edad más avanzados, una de las pistas explicativas que pudieran contribuir a comprender el aumento de la diferencia relativa entre hombres y mujeres podría ser el denominado efecto de la cohorte, el que se traduce en que no obstante la mayor sobrevivencia de mujeres en edades avanzadas, las mujeres en dichas edades traen consigo los patrones históricos de sus generaciones, los que en este caso podrían estar ligados a una menor participación laboral femenina.

De este modo, según lo señalamos en la sección dedicada al mercado laboral chileno, dichas mujeres serían comparadas con hombres que, además de poseer potencialmente el efecto cohorte ligado al rol proveedor masculino, están siendo seleccionados por su salud,

ya que siguen vivos, ostentando un nivel de educación más avanzado que incrementaría la posibilidad de continuar trabajando, mientras otros han ido muriendo con el tiempo.

En concordancia con lo que señalara el Senama (2007a, 2007b, 2010, 2013), los gráficos 7, 9, 11 y 13 dejan en evidencia que las personas más instruidas, sin importar la cohorte a la cual pertenecen, muestran TP superiores a las de las personas que pertenecen a la misma cohorte pero que declaran tener un nivel inferior de instrucción. En este sentido, si comparamos las TP a los 50 años de la cohorte 1945-1946, podemos destacar que quienes poseen educación superior tienen una TP cercana al 90%, mientras que aquellos que declaran educación secundaria o básica poseen una TP de 63% y 56%, respectivamente. No obstante, quienes más se ven afectados con el nivel de instrucción son quienes declaran no tener ninguna educación, ya que a los 50 años tienen una TP de 39%.

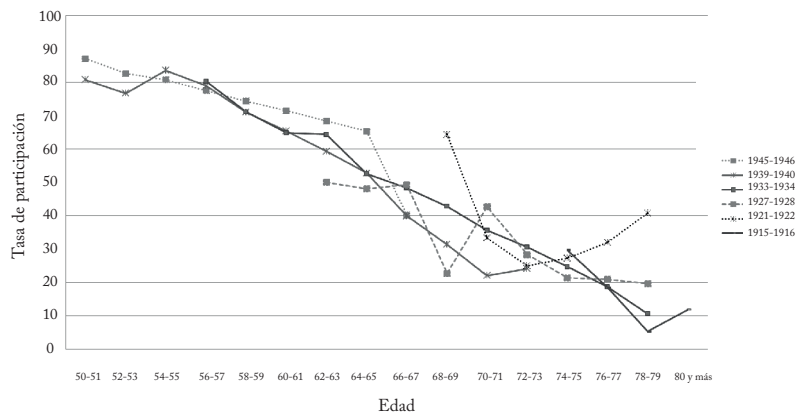
En el mismo sentido, si tomamos el caso de la cohorte 1939-1940 podemos destacar que las TP serán más favorables para quienes ostenten un nivel de educación más elevado. De este modo, podemos ver que a los 50 años las personas que integran esta cohorte poseen una TP de 80.69%; mientras que a la misma edad, quienes tienen educación superior, básica o ninguna educación poseen una TP del 58%, 51% y 41%. Así, es posible indicar que ninguna de las cohortes observadas en el tiempo se muestra indiferente al nivel de instrucción; por el contrario, los niveles de participación se muestran sensibles a dicho nivel, siendo siempre favorecidos en términos de la TP quienes ostentan una formación superior. Cabe destacar que la educación superior incluye tanto a los egresados de universidades como a quienes han cursado sus programas de formación en institutos técnicos.

Respecto de la homogeneidad y proximidad de las curvas que se observan en los gráficos anteriores, es interesante resaltar que las personas que poseen una formación superior presentan a la vez curvas más heterogéneas que las personas que poseen una educación secundaria, básica o que no poseen ninguna educación (gráficos 7, 9, 11 y 13). En este sentido, por ejemplo, las personas que declaran tener una educación superior y que pertenecen a la cohorte 1939-1940 viven una evolución que comienza con una elevada TP a la edad de 50 años, que a su vez se asemeja a la de la cohorte 1933-1934 entre los 56 y los 65 años. Después de esa edad, la primera cohorte conoce un descenso de sus TP hasta los 71 años, pasando de 52.78% a los 64-65 años a 22.04% a los 70-71 años. Contrariamente, la segunda cohorte, entre las mismas edades, pasa de 52.54% a 35.6%, llegando a niveles cercanos al 20% a los 76-77 años.

La variación entre la TP más elevada a los 50 años de todas las cohortes observadas en cada uno de los niveles de educación y la TP de esa misma cohorte a los 66 años deja entrever una mayor variación negativa de las personas con educación superior, secundaria y básica, dejando así a quienes no poseen ninguna educación con la menor variación. De este modo, si calculamos la variación de la TP de la cohorte 1945-1946 entre los 50 y los 66 años podemos evidenciar que las personas que declaran tener educación superior han pasado de 87.03% a 40.11%, lo que significa una disminución de casi 46 puntos porcentuales. En el caso de las personas con educación secundaria, ellas han pasado de 63.43% a 31%, es decir, han variado en 32 puntos porcentuales. De igual manera, quienes poseen educación básica han pasado de 56.27% a 27.51%, lo que significa una disminución de 28 puntos porcentuales. En el caso de quienes no tienen ninguna educación formal, han pasado de 39.26% a 24.71%, reduciendo en 14.5 puntos porcentuales su TP. Así, mientras los tres grupos que poseen alguna educación varían negativamente en torno al 50%, quienes no poseen ninguna educación lo hacen casi al 40%.

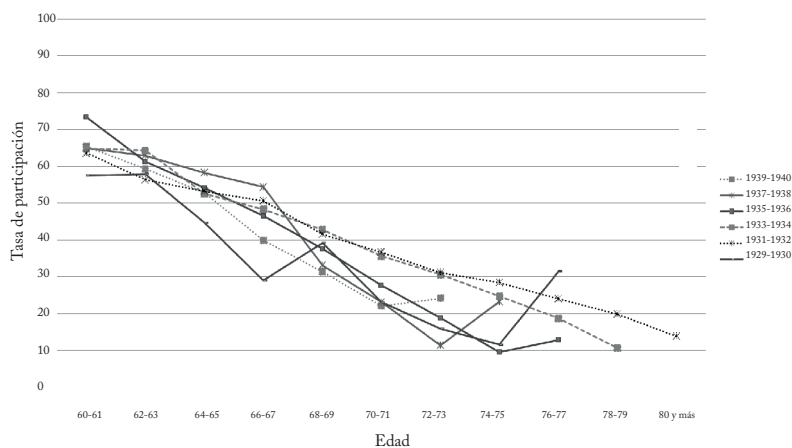
En igual sentido, los gráficos 8, 10, 12 y 14 dejan en evidencia que las trayectorias de participación de las distintas cohortes guardarán la misma lógica relacional expuesta en los párrafos precedentes. De este modo, a los 60 años la TP más elevada de quienes poseen educación superior es del 73%, mientras que para aquellos con educación secundaria, primaria y con ninguna educación, esas tasas corresponden a 45.38%, 43.98% y 39.51%, respectivamente. En concordancia con lo constatado a partir de los 50 años, quienes poseen más educación poseen, a la vez, TP más elevadas. Sumado a ello, cabe destacar que todos los grupos de personas, salvo quienes poseen educación secundaria, presentan después de los 74-75 años una elevación de sus tasas, lo que, como ya señalamos anteriormente, podría deberse a un efecto de selección, ya sea por el estado de salud o bien por la tasa de mortalidad que las personas conocen en torno a esa edad, lo cual generaría una disminución de los efectivos y dejaría mayoritariamente efectivos más saludables y capaces de seguir trabajando.

Gráfico 7. Evolución de la tasa de participación, cohortes seleccionadas cada 6 años, educación superior, ambos sexos, Chile



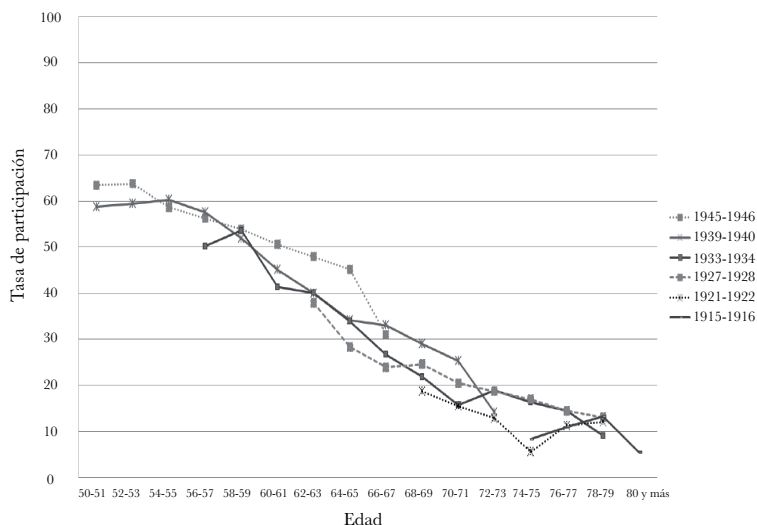
Fuente: microdatos Encuesta CASEN, 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2006 y 2011.

Gráfico 8. Evolución de la tasa de participación, cohortes, 60 años y más, educación superior, ambos sexos, Chile



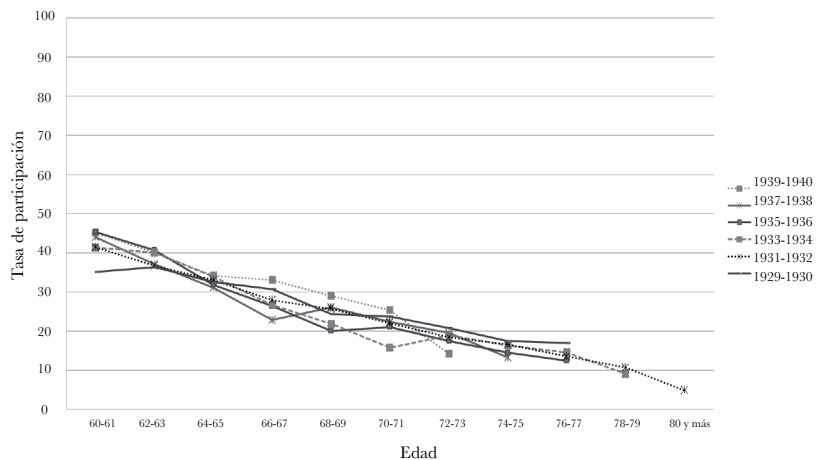
Fuente: microdatos Encuesta CASEN, 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2006 y 2011.

Gráfico 9. Evolución de la tasa de participación, cohortes seleccionadas cada 6 años, educación secundaria, ambos sexos, Chile



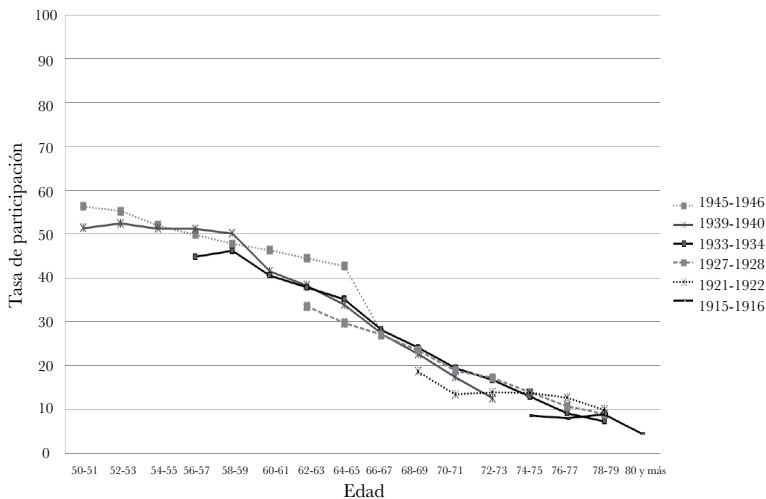
Fuente: microdatos Encuesta CASEN, 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2006 y 2011.

Gráfico 10. Evolución de la tasa de participación, cohortes, 60 años y más, educación secundaria, ambos sexos, Chile



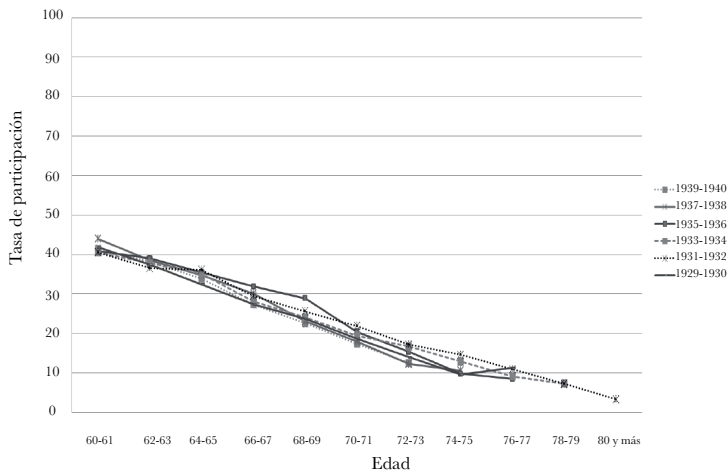
Fuente: microdatos Encuesta CASEN, 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2006 y 2011.

Gráfico 11. Evolución de la tasa de participación, cohortes seleccionadas cada 6 años, educación básica, ambos sexos, Chile



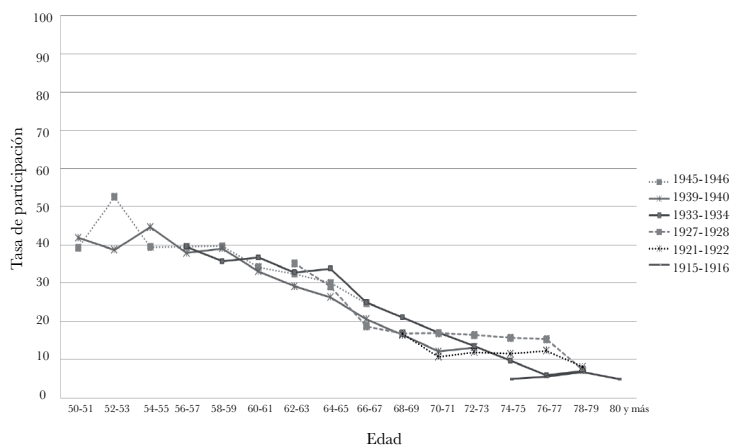
Fuente: microdatos Encuesta CASEN, 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2006 y 2011.

Gráfico 12. Evolución de la tasa de participación, cohortes, 60 años y más, educación básica, ambos sexos, Chile



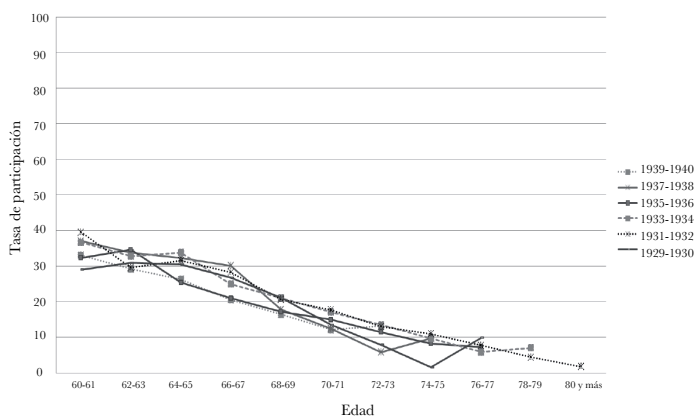
Fuente: microdatos Encuesta CASEN, 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2006 y 2011.

Gráfico 13. Evolución de la tasa de participación, cohortes seleccionadas cada 6 años, sin educación, ambos sexos, Chile



Fuente: microdatos Encuesta CASEN, 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2006 y 2011.

Gráfico 14. Evolución de la tasa de participación, cohortes, 60 años y más, sin educación, ambos sexos, Chile



Fuente: microdatos Encuesta CASEN, 1990, 1992, 1994, 1996, 1998, 2000, 2006 y 2011.

Para concluir, es posible destacar en primer lugar que las cohortes más jóvenes muestran en general TP más elevadas que el resto de las cohortes. En segundo lugar, hemos de subrayar la homogeneidad y la proximidad con la que ellas evolucionan, lo que a su vez no nos permite entrever particularidades específicas de cada una de las co-

hortes. Sumado a ello, en tercer lugar, dicha homogeneidad es observada incluso en términos de la equidad de género. Es decir, la brecha entre hombres y mujeres se sostiene constante en el tiempo y a través de las cohortes, lo que en grupos de edad sobre los 70 años podría a su vez estar influenciado por el efecto de las cohortes a las que pertenecen tanto hombres como mujeres. Finalmente, en cuarto lugar, hemos de remarcar la relación expuesta entre el nivel de educación y las TP; en este sentido, si bien no se observan diferencias significativas entre las distintas cohortes, es posible observar que quienes no poseen educación alguna disminuyen en menor medida sus TP una vez superados los 65 años.

Exploración de algunos desafíos de las políticas públicas y el mercado laboral chileno frente a las dinámicas de participación de las personas mayores de 60 años

En el marco del interés explicitado por observar la interacción entre la evolución del comportamiento laboral en las distintas cohortes de trabajadores a partir de los 50 años y los desafíos a los que las políticas públicas deberían dar respuesta, es posible señalar que a partir de los resultados emergidos desde los análisis de las trayectorias estudiadas, dos serían las áreas sobre las cuales los esfuerzos se deberían concentrar: la equidad de género tanto en la participación laboral como en la seguridad económica para afrontar la vejez, y el aumento del capital humano, especialmente de aquellos que no poseen ninguna educación, con el fin de que la participación en el mercado laboral les permita efectivamente preparar tanto la vejez como el momento de tomar la jubilación.

En lo que respecta a la equidad de género tanto en la participación laboral como en la seguridad económica para afrontar la vejez, es posible mencionar que si bien el sistema actual de pensiones chileno actuaría como un factor protector ante el riesgo de caer en situación de pobreza al momento de jubilar (Gasparini, Alejo *et al.*, 2007), contando, en este sentido, tanto con las pensiones mínimas solidarias para quienes nunca hayan cotizado, como con el complemento solidario para aquellos que no logren con sus cotizaciones un piso mínimo de pensiones, el hecho de transitar hacia un envejecimiento de la población sin incrementar de manera importante la participación laboral femenina podría generar que las mujeres, quienes además tienen una esperanza de vida mayor a la de los hombres, provoquen un

incremento de la demanda de fondos públicos para cubrir su acceso a las pensiones antes citadas.

En este sentido, pensar en políticas públicas y laborales tendentes a aumentar la participación laboral de las mujeres no debería estar disociado del hecho de crear mecanismos de conciliación familia-trabajo que consideren la posibilidad de prestar ayuda a un familiar con pérdida de autonomía, continuando igualmente la actividad laboral. Esto toma especial interés si consideramos los resultados de Bravo y Puentes (2012), quienes destacan que los cuidados informales otorgados por las mujeres en Chile tienen una alta endogeneidad con la participación de ellas en el espacio laboral. A ello se suma que la razón de ayuda a los padres continuaría en crecimiento durante las próximas décadas, lo cual hará que las personas sobre los 50 años probablemente deban trabajar y acompañar a sus padres, que habrán superado los 80 años (Boreal, 2011; Chackiel, 2000).

En consecuencia, una política orientada tanto a disminuir la brecha de género en la participación laboral como a preparar de mejor manera el paso a la jubilación debería perseguir la generación de empleos lo suficientemente flexibles como para que quienes deban ayudar a un cercano puedan hacerlo sin que ello signifique una precarización de la situación laboral (Paz, 2010). En el mismo sentido, CELADE (2011a) destaca que la ausencia de políticas que estimulen el ahorro individual, la probable disminución futura de la población activa y la decreciente relación de apoyo potencial podría tener como efecto una sobrecarga de las personas activas, quienes deberán apoyar a sus padres o a otro familiar cercano, ya sea con dinero o tiempo. Esto, considerando que son las mujeres las que en su mayoría prestan ayuda a sus familiares, pondría en riesgo la continuidad de la actividad laboral femenina y, en consecuencia, reduciría la capacidad de ahorro individual. Ello, a menos que se creen programas de financiamiento para las personas que dedican parte de su tiempo a cuidar a familiares que lo requieran. Si ese fuera el caso, dicho programa debería contemplar una estrategia de ahorro individual para continuar incrementando el monto para las pensiones futuras.

Estrechamente ligado al desafío de la equidad de género y la preparación financiera para la jubilación, el aumento o mejoramiento del capital humano de los trabajadores de 50 años y más pareciera ser un desafío crucial tanto en la empleabilidad de los trabajadores que se aproximan a la edad de jubilación como de aquellos que desean seguir trabajando una vez superada dicha edad. En este sentido, dados los resultados constatados según el nivel educativo de las personas que componen las cohortes estudiadas, tanto las políticas públicas como

el mercado laboral deberían poner especial atención a quienes tienen bajo nivel de educación formal. Esto debido a que en la medida en que ambos —mercado laboral y políticas públicas— actúen de manera sincronizada, las posibilidades para encontrar un puesto de trabajo formal por parte de quienes reciban una formación mediante programas sociales, deberían verse aumentadas. En este sentido, Paz (2010) destaca que una baja capacitación estaría asociada tanto a la inactividad de las personas de edad avanzada como al ingreso de ellas al mercado laboral informal. En la misma línea, el Senama (2007a) señala que Chile debe generar una mayor gama de estrategias para insertar o reinsertar a los trabajadores de 50 años o más al mercado laboral. Cabe destacar que la inserción en dicho mercado no se basa solamente en los empleos, sino también en la posibilidad de generar emprendimiento. De este modo, sumado a los proyectos de capacitación y relocalización laboral, es posible destacar la pertinencia de desarrollar servicios públicos destinados a acompañar y asesorar a las personas sobre los 50 años en temas ligados al empleo.

Finalmente, dado que las personas que llegan hoy a la edad de jubilación no necesariamente quieren (o pueden) tomarla a tiempo completo, una nueva categoría de conciliación debería tomar cada vez más fuerza: el equilibrio jubilación-familia-trabajo. En este sentido, como indica Miró (2003), los desafíos en materia de políticas públicas deberían considerar también la posibilidad de desarrollar empleos a tiempo parcial con la finalidad de que las personas puedan contar con un ingreso complementario mientras prestan ayuda a un familiar. Esta opción pareciera particularmente oportuna para el caso de las mujeres, quienes proporcionalmente entregan más servicios de ayuda que los hombres y, por tanto, son más propensas a tener lagunas previsionales o, directamente, a no participar en el mercado laboral.

Conclusiones, límites y pistas para posibles nuevos estudios

En línea con los planteamientos de Chackiel (2000) y lo ratificado por numerosos autores expuestos en las secciones precedentes, el hecho de que actualmente Chile no tenga un avanzado envejecimiento poblacional no significa que no lo tendrá en el futuro. De hecho, si las hipótesis de proyección se respetan, la tendencia demográfica indica que cada año el número de personas mayores de 60 años se incrementa y lo continuará haciendo en las próximas décadas. En este contexto, investigar y reflexionar sobre el proceso de transición desde la población activa a la población económicamente no activa pa-

rece un elemento clave en la generación de políticas públicas pertinentes y oportunas. Así, el presente estudio, como se declarara desde un comienzo, ha perseguido contribuir desde la demografía aplicada al análisis de los desafíos ligados al mercado laboral en un contexto de envejecimiento de la población. De esta manera, hemos podido destacar, entre otras cosas, las mayores TP en las cohortes más jóvenes, las grandes brechas entre las TP masculinas y femeninas, así como las diferencias de la evolución de las TP según el nivel de estudios. Desde el punto de vista de los investigadores, si bien estos tres hallazgos confirman los resultados obtenidos por otros estudios, ellos, mediante las curvas expuestas, han permitido vislumbrar cómo las brechas de género y de educación se han mantenido relativamente estables entre las diferentes generaciones, lo que nos impondría, además de los desafíos destacados en la sección pasada, ciertos retos culturales relacionados. A modo de ejemplo, es posible destacar el involucramiento masculino al momento de entregar ayuda a nuestros padres con el fin de mejorar la equidad de género al momento de asumir cierto tipo de responsabilidades tradicionalmente femeninas.

En lo que respecta a los límites del presente estudio, en primer lugar es posible señalar lo acotado del espacio temporal observado. Si hubiera sido posible retroceder aún más en el tiempo, los comportamientos de las cohortes habrían mostrado ciertas particularidades propias de las épocas en las que existieron, lo que no ha sido abordado debido a la indisponibilidad de los datos. En segundo lugar, dada la estructura de análisis que se estableció, no ha sido posible explorar las causas de ciertos comportamientos constatados en algunas de las cohortes. Ejemplo de ello es el comportamiento de algunas cohortes que, pasados los 70 años, tenían una disminución de las TP para luego volver a aumentar. Si bien creemos que ello puede estar asociado al efecto de selección de los individuos, esto quedará sólo en el terreno de las suposiciones teóricas mientras no podamos explorar más en profundidad dicho comportamiento. En tercer lugar, otro de los límites del presente estudio es la no comparación con países de la región que tengan una evolución poblacional similar. Este límite es transformado en pistas para nuevos estudios con el fin de contribuir en la visión regional tanto de las poblaciones como de los mercados laborales.

Frente a los nuevos espacios de investigación que germinan luego de haber realizado este trabajo, es posible destacar, en primer lugar, el desarrollo de estudios que busquen explorar la evolución de los determinantes de la prolongación de la vida activa luego de los 60 años. En segundo lugar, un estudio comparativo con países que conozcan una transición demográfica, un sistema de pensiones y un desarrollo

económico similar al de Chile sería altamente deseable con miras a contribuir a la generación de una visión regional y no sólo nacional. En tercer lugar, aunque más complejo, sería interesante proyectar la mano de obra chilena con el fin de indagar sobre los eventuales roles que pudiera jugar la migración en dicho país. En cuarto lugar, se destaca la pertinencia de explorar el concepto de dividendo demográfico y equidad de género en la participación laboral, tanto en la población chilena como en otras poblaciones similares. Esto podría, por ejemplo, permitir el desarrollo de un estudio acerca del impacto de dicho dividendo. Finalmente, y en quinto lugar, se sugiere explorar la relación entre la evolución de la esperanza de vida, la esperanza de vida en buena salud y el momento de tomar la jubilación, con el fin de buscar nuevas fuentes de desigualdades sociales.

Para concluir, es pertinente insistir en que el envejecimiento de la población no es en sí mismo un problema, y que si las sociedades se preparan adecuadamente, éste puede representar una oportunidad tanto para la inversión en capital humano como para mejorar los servicios públicos de salud. En este sentido, el reto de que los países de la región se preparen se torna particularmente desafiante, ya que, a diferencia de Europa y Canadá, la transición demográfica de Latinoamérica se está llevando a cabo en un contexto económico menos favorable del que poseen estos países. No obstante, el que sea desafiante nos indica la necesidad de un trabajo constante y consistente para lograr adaptar tanto las sociedades como los Estados a estas nuevas estructuras de la población, a las cuales nos enfrentaremos en los años venideros.

Bibliografía

- Albala, C., Sanchéz, H. y Bustos, C. (2007), *Situación de los cuidadores domiciliares de los adultos mayores dependientes con pensión asistencial*, Santiago de Chile, en <http://www.senama.cl/filesapp/3366.pdf>.
- Benítez, R. (2004), "Transición demográfica en América Latina, tendencias y consecuencias sociales", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 66, octubre, en <http://www.jstor.org/stable/3541452>.
- Bloom, D., Canning, D. y Sevilla, J. (2003), *The Demographic Dividend. A New Perspective on the Economic Consequences of Population Change*, Santa Mónica, CA: RAND.
- Boreal (2011), *Estudio de recopilación, sistematización y descripción de información estadística sobre vejez y envejecimiento*, Santiago de Chile, en <http://goo.gl/Pek5if>.
- Bravo, D. y Puentes, E. (2012), *Female Labor Force Participation and Informal Care of Adult: Evidence for a Middle-Income Country*, Departamento de Economía de la Universidad de Chile, en <http://goo.gl/yE0CSA>.
- Calvo, A., Tartakowsky, A. y Maffei, T. (2011), *Transformaciones en las estructuras familiares en Chile (PMG de Género 2011)*, Santiago de Chile, en <http://goo.gl/QdMYXS>.
- Castex, G. y Sepúlveda, F. (2014), *Caracterización del mercado laboral en Chile y su evolución en los últimos 25 años*, Santiago de Chile, en <http://www.bcentral.cl/Estudios/documentos-trabajo/pdf/dtbc728.pdf>.
- CELADE (2011a), *Envejecimiento poblacional* (CEPAL), Santiago de Chile: Naciones Unidas, en <http://goo.gl/cZ41PZ>.
- CELADE (2011b), *Proyecciones de población a largo plazo*, Santiago de Chile, en <http://goo.gl/9WVq6a>.
- CEPAL (2008), *Fertility. Demographic Observatory*, Santiago de Chile, en <http://goo.gl/1ZsvxX>.
- Chackiel, J. (2000), *El envejecimiento de la población latinoamericana: ¿hacia una relación de dependencia favorable?*, Santiago de Chile, disponible en: <http://goo.gl/vadhqu>.
- Chackiel, J. (2004), "La dinámica demográfica en América Latina", *Población y Desarrollo*, Santiago de Chile, en <http://goo.gl/a70QcF>.
- Comisión Asesora Presidencial (2015), *Informe final. Comisión Asesora Presidencial sobre el Sistema de Pensiones*, Santiago de Chile, en <http://goo.gl/5XcorI>.
- Gasparini, L., Alejo, J., Haimovich, F., Olivieri, S. y Tornarolli, L. (2007), *Poverty among the Elderly in Latin America and the Caribbean*, núm. 55, en <http://goo.gl/dB2J2o>.
- Guzmán, J. M., Rodríguez, J., Martínez, J., Contreras, J. M. y González, D. (2006), "La démographie de l'Amérique latine et de la Caraïbe depuis 1950", *Population* (French edition), 61(2), en <http://www.jstor.org/stable/30045032>.
- INE (2008), *Población y sociedad, aspectos demográficos*, Santiago de Chile, en <http://goo.gl/l69sK4>.
- Lee, R., Mason, A. y Corlear, D. (2010), *Some Economic Consequences of Global Aging*, Washington: World Bank, en <http://siteresources.worldbank.org/HEALTHNUTRITIONANDPOPULATION/Resources/281627-1095698140167/SomeEconomicConsequencesOfGlobalAging.pdf>.
- Miró, C. A. (2003), "Transición demográfica y envejecimiento demográfico", *Papeles de Población*, 9(35), en <http://www.redalyc.org/pdf/112/11203502.pdf>.
- Notestein, F. (1945), "Population - The Long View", en Schultz, T. W., *Food for the World*, University of Chicago Press.

- Paz, J. (2010), *Envejecimiento y empleo en América Latina y el Caribe*, Ginebra, Suiza, en http://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---ed_emp/---emp_policy/documents/publication/wcms_140847.pdf.
- SENAMA (2007a), *Alternativas de empleabilidad en población mayor de 50 años*, Santiago de Chile, en http://www.senama.cl/filesapp/Estudio_Empleabilidad.pdf.
- SENAMA (2007b), *Chile y sus mayores 2007. Primera Encuesta Nacional de Calidad de Vida en la Vejez*, en http://www.geriatriaygerontologia.uc.cl/index.php?option=com_docman&task=cat_view&gid=7&Itemid=212.
- SENAMA (2010), *Chile y sus mayores 2010. Segunda Encuesta Nacional Calidad de Vida en la Vejez*, Santiago de Chile, en http://www.senama.cl/filesapp/ChileYsusMayores_EncuestaCalidaddeVida.pdf.
- SENAMA (2013), *Chile y sus mayores 2013. Tercera Encuesta Nacional de Calidad de Vida en la Vejez*, Santiago de Chile, en http://www.senama.cl/filesapp/Chileysusmayores_2013_EncuestadeCalidaddeVida.pdf.